 Tiempo de lectura: 4 min.

El relato de los discípulos de Emaús (Lc 24) es una de las páginas más bellas y humanas del Evangelio: dos hombres desilusionados, con la esperanza rota, que caminan lejos de Jerusalén. Y, sin embargo, es precisamente en ese camino oscuro donde se encuentran con el Resucitado sin reconocerlo. A través de tres movimientos —la limitación de la sola razón humana, la pedagogía paciente de Jesús como compañero de camino y el reconocimiento al partir el pan—, este texto nos ofrece una reflexión profunda y actual sobre cómo se renueva la fe: no a través de la certeza inmediata, sino a través de la escucha, la hospitalidad y la comunión.

Esperanza perdida, fe reencontrada a través de la caridad
La historia de los dos discípulos puede describirse como una experiencia de transformación desde la ceguera espiritual hasta el reconocimiento del Resucitado. Comentaré tres pasajes que, de alguna manera, tienen algo importante que decirnos hoy.

La sola comprensión humana nos deja bloqueados
Los discípulos en el camino de Emaús representan los límites de la interpretación puramente humana. Conocían los hechos —la crucifixión, los rumores sobre la tumba vacía—, pero solo como información. Estos hechos representaban únicamente una «tumba», un «fracaso», un «callejón sin salida». «Nosotros esperábamos que él fuera a liberar a Israel» (Lucas 24,21). Todo reducido a cosas del pasado. La esperanza ya estaba muerta.
Este sentimiento interpela con fuerza a nuestro tiempo. Vivimos rodeados de información, pero a menudo encallados en el sinsentido. Los ciclos de noticias, los traumas, las contradicciones de nuestra época, si se leen solo a través del análisis humano, conducen a la desesperación. La conversación de los discípulos refleja la nuestra: los hechos sin sentido se convierten en una carga en lugar de una luz. Su pensamiento estaba encerrado en la caja de sus propias categorías humanas, y estas por sí solas no pueden abarcar la frontera de la resurrección.
¿Cuántas veces también nosotros intentamos «resolver» la fe solo con la razón, con el análisis social, con la resolución de problemas institucionales? Es un esfuerzo al que le falta el soplo de lo divino, un esfuerzo que pierde oxígeno espiritual.

Jesús como compañero: una ampliación profética
Lo que llama la atención es que Jesús, al ponerse en camino con ellos, no se revela de inmediato. En cambio, *primero escucha* («¿De qué vais hablando?»), y luego enseña. No subestima su dolor, sino que lo aborda con una paciente pedagogía: «Y,

comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras» (Lucas 24,27).
Jesús no impone la comprensión, aunque sea lo que necesitan. Jesús *los invita a ampliar su comprensión. Los invita delicadamente a salir de su laberinto*. El razonamiento de los discípulos, el Mesías que imaginaban, todo esto se amplía y profundiza a través de las Escrituras. El mensaje de los profetas es un texto vivo, no muerto.
El detalle más hermoso es que, mientras escuchaban atentamente, no lo reconocieron *mientras enseñaba*. El reconocimiento llega después. Con la esperanza aún vacilante, ofrecen a su querido compañero su hospitalidad (el partir el pan).
Aquí hay una hermosa lección para nosotros hoy. No se trata solo de transmitir la doctrina, por noble y urgente que sea. Las personas necesitan que se les ayude con calma y paciencia a ver su propia vida, sus preguntas, sus esperanzas dentro de la comprensión más amplia del mensaje de Jesús. Esta escucha requiere comunidad; se nutre de la comunión. Es un paso hacia la verdadera comprensión, es decir, el momento en que se abren los «ojos del corazón».

Encontrarlo al partir el pan: ojos abiertos sin ver
La paradoja es exquisita: «Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista» (Lucas 24,31). Lo encuentran precisamente al no verlo, sino al reconocerlo en el gesto de hospitalidad y comunión.
Este es el punto más profundo. La Eucaristía no es solo un recuerdo ritual, sino la realidad continua de la presencia de Cristo a través del don y la entrega de sí mismo. Los dos discípulos «ahora» no necesitan una prueba visual constante. Han experimentado algo más profundo: la participación en su don.
Quisiera compartir algunas ideas para nuestro camino basadas en estos tres pequeños pasos.

a. Abandonar una fe esclava de lo inmediato y de las apariencias.
Todavía hoy corremos el riesgo de vivir nuestra fe en Jesús con la misma mentalidad dominante del cálculo: quiero ver, estar seguro. Acepto, sí, pero bajo ciertas condiciones. En cambio, Jesús, el compañero de Emaús, nos invita a un modo diferente que comienza con la cercanía, se enriquece con la escucha y conduce a la comunión. Este camino está marcado por la paciencia y la caridad. Gradualmente, Jesús nos pide que desmantelemos esas estructuras de miedo y defensa que nos mantienen prisioneros de nosotros mismos.
El Jesús que descubrimos a través de la enseñanza nos invita a ir más allá: a *entrar*

y asumir su modelo de entrega de sí mismo. Nos pide que renunciemos a las falsas imágenes, que huyamos de las trampas de la dependencia de todo tipo, ofreciéndose como ejemplo: ofreciéndose hasta la cruz. Fijando la mirada en él, muerto y resucitado, reconocemos sin miedo nuestras «prisiones» y las superamos con valentía.

b. La auténtica experiencia de fe se reconoce a través de la hospitalidad.
Los dos discípulos podrían haberse resistido a las palabras de Jesús. ¡Pero no lo hicieron! Se dejaron interpelar. No olvidemos que habían perdido toda esperanza, quizás incluso la fe. Sin embargo, no habían perdido su capacidad de acogida y hospitalidad: ¡seguían siendo discípulos capaces de vivir la caridad!
Aquí, en este punto, y solo en este momento, se produce un punto de inflexión: lo reconocieron al *ofrecerle hospitalidad*. Al acoger a Jesús, Jesús les dio todo, todo su ser. Le pidieron a Jesús que se quedara «con ellos». En cambio, ¡Jesús los recompensó quedándose «en ellos»!

c. La Eucaristía como culmen e inicio.
El partir el pan no es el final de la historia; más bien, es el comienzo de su auténtica historia. Aunque estaba anocheciendo, los dos discípulos regresaron inmediatamente a Jerusalén, a la comunidad, para dar testimonio. Ahora la oscuridad exterior ya no tiene poder sobre la luz que llena el corazón del creyente. La verdadera fuerza de la Eucaristía es la que nos empuja hacia fuera, hacia los demás, hacia lo alto.
¡Esta es la belleza de la fe en Cristo, sostenida por la esperanza y vivida con caridad!